

Yllara Bettina Müsch

El regalo del 2012

Una visión positiva del cambio



EDICIONES OBELISCO

Yo soy el amor
Soy el sentir de ese niño en el vientre
Soy el calor de unos ojos ardientes
Soy el milagro de todo creyente
Yo soy el amor
Soy la delicia de un juego silente
Soy el hallazgo del fuego presente
Soy el anhelo de todo viviente
Yo soy el amor
Soy la mirada de un ser inocente
Soy la alegría del rosal candente
Soy el sostén de todo doliente
Yo soy el amor

(Marisa Solana Neria)

Apreciad@s lector@s:

Confieso que todo lo escrito aquí se basa en cómo concibo yo la vida. Creo que es un regalo. Un regalo magnífico, lleno de sorpresas, desafíos y oportunidades. Casi nunca solemos apreciar la vida lo suficiente, hasta que nos topamos con el miedo de perderla. De nosotros depende qué es lo que hacemos con este regalo. Podemos vivirla sintiéndonos víctimas de las circunstancias. Éste es un camino. Un camino pobre, sin luz, lleno de sufrimiento, ira acumulada, amargura y resentimiento. A mí, personalmente, este camino ya no me tienta. He descubierto otro. Un camino que vivo desde mi conciencia y desde mi corazón. Tomándome tiempo para sentir, para escuchar y reflexionar sobre quién soy y qué es lo que quiero, para explorarme a mí misma y a mi mundo, atraviéndome con lo nuevo y desconocido. Un camino en cuyo transcurso me he dado cuenta de que nuestra vida está llena de elecciones. Elecciones que tomamos de forma consciente o inconsciente. Cuando empecé a responsabilizarme de estas elecciones, descubrí que puedo elegir un pensamiento positivo en vez de un pensamiento

negativo, una perspectiva diferente, una palabra amable, una actitud positiva, un estado de ánimo distinto.

Este segundo camino es un proceso de transformación interior. Creo firmemente que cada uno de nosotros es capaz de cambiar, de dejar atrás las heridas del pasado, el peso de cargas y cadenas con las que nos inmovilizamos, la auto-crítica, la culpa y la desconfianza. Desde que me embarqué en el sendero de la transformación, voy adentrándome en un nuevo estado de conciencia, intentando dejar atrás el autoengaño, las máscaras sociales, el ego, la rigidez y el control. Procupro ser respetuosa y honesta conmigo misma y con los demás, abierta a la vida y a las personas, aunque signifique ser auténtica, mostrarse expuesta y vulnerable. Al recorrer este camino, me he encontrado con mis resistencias y mis miedos. Doy unos pasos hacia adelante y otros atrás. Me paro. Dudo. Necesito mi tiempo. Pero conforme he seguido avanzando, ha nacido la certeza de que éste es mi camino a casa. El sendero hacia quien soy en realidad. Creo que todos somos, en última instancia, amor, luz y conciencia. Es nuestra esencia. Que nuestra presencia aquí en el planeta haga brillar nuestra luz, depende de si estamos dispuestos a sostener más de quienes, en realidad, somos.

Nuestra vida, cada vida, es un camino de evolución. Cada uno está donde está, en su momento y punto. No importa que unos estén o parezcan más avanzados y otros atrasados. Lo importante es el camino. Las experiencias que nos da, el jugo que le sacamos. De todas formas, tarde o temprano, todos llegamos a casa. Volvemos a fundirnos con el abrazo eterno del amor infinito. Creo que la vida, cada vida, es un viaje del alma. Creo que cada uno de nosotros es una resonancia encarnada de una frecuencia de luz y vibración. Una nota musical en la partitura del Universo. Cuando morimos, nuestra alma, vuelve a fundirse con

la frecuencia original de la que, en realidad, nunca hemos estado separados. Lo solemos olvidar al nacer, y crecer en nuestro cuerpo físico, aunque no del todo. Nuestros sueños, la voz de nuestra intuición y nuestra sabiduría interior nos conectan con la otra parte de quienes somos, más allá de nuestro cuerpo físico.

Creo que vivimos en un Universo holográfico en el que todo está interconectado. Los últimos avances de la ciencia, sobre todo las teorías más novedosas de la física cuántica, refuerzan la concepción de que todo y todos provenimos del mismo origen, y permanecemos interrelacionados mediante una matriz electromagnética originada por nuestra conciencia. En mi opinión, la ciencia está ayudándonos a recordar. A recordar quienes somos; a recordar una sabiduría ancestral que poseía la humanidad hace milenios. Una sabiduría que se encuentra reflejada en los templos egipcios, en las pirámides, en las catedrales medievales, en obeliscos, relieves, esculturas, cuadros, arquetipos, simbología, numerología, cultos y rituales. Las escuelas de misterios del antiguo Egipto, órdenes y hermandades, como los templarios, rosacruces o masones, surgieron para guardar y transmitir esta antigua sabiduría en épocas en que dichos conocimientos se consideraban ocultos.

Mentes tan brillantes como las de Paracelso, Descartes y Newton estaban vinculadas a estas hermandades. La ciencia siempre ha tenido interés en los antiguos misterios. Sin embargo, la humanidad ha caminado durante milenios en la oscuridad, confundiendo el conocimiento con la sabiduría. Por mucho que acumulemos conocimientos en distintas parcelas, cada vez más especializadas, no adquirimos sabiduría hasta que no tengamos visión del conjunto. Fue Einstein, otro científico brillante, quien dijo que tras todas las relaciones causales discernibles se hallaba algo sutil e

intangibles, una fuerza o espíritu superior frente al cual se sentía humilde. Ahí es donde, para mí, nace la espiritualidad. En reconocer humildemente que somos un granito en esta montaña de arena. Pero ¡qué magnífico granito y qué magnífica montaña de arena!

Ser espiritual no es sinónimo de ser religioso. No significa creer en una determinada teología ni en una determinada figura de Dios. Significa creer que la creación en sí misma es divina. No es un acto de fe, es sentirlo. Sentir que el Universo es una ilimitada e infinita fuente creadora, de la que todo y todos somos una chispa sagrada. Esta parte divina del ser humano se expresa en lo noble, amoroso y sabio que puede llegar a ser nuestro corazón.

En mi opinión, es ahora, con el cambio energético ligado al 2012, cuando se nos brinda la oportunidad de reconectar con esta ancestral certeza de sabernos interconectados con el Todo, y la oportunidad de autoempoderarnos. No estoy de acuerdo con las teorías y miedos catastrofistas que se han generado acerca de este acontecimiento. No creo que se vaya a acabar el mundo. Pero sí, que el mundo cambiará. Podemos embarcarnos en el camino de hacernos cargo de nuestra vida, de nuestras elecciones e intenciones, de nuestra energía y de nuestro poder, del poder que reside en nuestro corazón.

Hay ramas de la ciencia más novedosas que sostienen el poder de la mente sobre la materia. Yo creo que la mente sólo tiene fuerza si es coherente con la vibración del corazón. Cuando ambos vibran al unísono, es cuando nos convertimos en creadores conscientes de nuestra propia experiencia. Esto es autoempoderamiento, y éste es el regalo que nos promete el 2012. Un regalo que nos devuelve una facultad dormida, codificada en nuestro ADN. Un regalo que puede ser nuestro, si lo aceptamos, invirtiendo energía

y tiempo en aprender esta nueva forma de vivir: vivir resonando coherentemente.

Este libro es mi contribución a dicho aprendizaje, es mi deseo de que la vida de cada persona pueda ser tan plena, feliz y luminosa como cada uno quiera, decida y pueda. Soy consciente de que puede haber muchas personas escépticas o con puntos de vista muy diferentes. Desde el más profundo respeto hacia todas las personas y opiniones, expongo aquí mi verdad, para compartir mi visión y comprensión del cambio energético y de expansión de la conciencia por el que está pasando la humanidad y la Tierra. Mi intención es contribuir a abrir la conciencia.

He recorrido un largo camino, lleno de curvas y bifurcaciones, para descubrir mi verdad y exponerme a verla hecha pública. Este libro es producto de un proceso personal, con una transformación profunda. Cuando era niña, pensaba que venía de otra estrella, en mis sueños podía volar y sabía adivinar los pensamientos y sentimientos de las personas que estaban a mi alrededor. En el transcurso de los años, aprendí a reprimir mi lado empático e intuitivo. Para protegerme, me refugié cada vez más en la mente. Era tal la represión de mis emociones y de mi voz interior, que mi cuerpo tuvo que enfermarse para que yo, por fin, me parase a escuchar lo que intentaba decirme mi alma. Pasé por un calvario —o camino iniciático— de siete intervenciones quirúrgicas en cuatro años, por lo que se truncaron muchos de mis sueños.

Poco a poco, me di cuenta de que tenía que parar, quedarme quieta, sentirme y escucharme. Dejé de responsabilizar a otros de mi malestar, y de mi felicidad, y aprendí a ser responsable de mi proceso evolutivo y de mi vida. Cuando dejé de buscar respuestas fuera y me atréví a buscarlas dentro de mí, surgieron los verdaderos descubrimientos, y empezó a florecer la sabiduría que nos es innata a todos y

reside en nuestro corazón. Confiar en mi propia sabiduría interior por encima de todo fue como dar un salto al vacío. Vivir de esta forma es un trabajo y aprendizaje continuos. Todas las personas con las que interactúo se convierten en maestros para mí. Aprendo algo de cada una de ellas, de cada relación y situación. La aventura en la que se ha convertido mi vida, hace evolucionar mi propia maestría.

Afortunadamente, he encontrado a maravillos@s compañer@s de aventura, y grandes maestros para mí. Quiero dar las gracias a Marisa Solana Neria, sin cuya colaboración y sabiduría este libro no habría sido posible, a Matilde Capado, Rianne Orantes, Rosalie Poskin, Kevin Lluch, Lucía Hoyuela, Mariela Aquino, Carmen Jiménez, Claudine Hausherr, Emilia Romero, Ichi Busto y Niklas Busto Müsch. ¡Gracias por leer y revisar el texto, por las conversaciones, trabajos y, sobre todo, el cariño y la amistad que compartimos! Mi agradecimiento también a Nina Llinares, Lee Carroll, Peggy Phoenix Dubro, Brian Weiss, Esther y Jerry Hicks, Anne Brewer, Gregg Braden, Drunvalo Melchizedek, José Argüelles y Aurelia Jones, cuya sabiduría me ha inspirado. ¡Gracias también a Anna Mañas y Juli Pera-dejordi, de la editorial Obelisco, por confiar en mí y en la obra! Y no sé que habría hecho sin los CD de Robert Coxon, Ralph Zurmühle y Tom Kenyon. ¡Gracias a tod@s de corazón!

Yllara Bettina Müsch

Sevilla, 22 de octubre del 2009

1

La fecha señalada

El otro día, vi en el cine la película *2012*. La firma Roland Emmerich, director de la también catastrófica película *El día de mañana*, que versa sobre la idea de una nueva época glacial. El mensaje de su nueva obra es aún más devastador. Gira alrededor de una supuesta catástrofe planetaria, anunciada por el *calendario maya* para el 21 de diciembre del 2012. Un verdadero cataclismo que devasta nuestro planeta y a la humanidad. Las imágenes son realmente impactantes, como la del monje tibetano que toca la campana de un monasterio en lo alto de una montaña, a punto de desaparecer todo en las olas de un gigantesco tsunami.

La película me hizo recordar las horripilantes imágenes del terremoto submarino, seguido por una serie de tsunamis cuyas olas alcanzaron los 30 metros, en la Navidad del 2004, en el océano Índico. *2012* es una película que me inspira realmente miedo. La posibilidad de que se produzca un cataclismo debido a gigantescas olas hace resonar, muy dentro de mí, un terror muy profundo, guardado en mi memoria celular. El hundimiento de un continente, islas que desaparecen, desesperación e impotencia, el final de

una gran cultura, el fin del mundo. Muchos guardamos, de forma consciente o inconsciente, recuerdos de vidas en la Atlántida o la Lemuria, nos asaltan en sueños o surgen en regresiones en las que revivimos el horror de los últimos momentos. Películas como *2012* se aprovechan de un miedo ancestral que vuelve a emerger ahora, cuando solamente tres años nos separan de dicha fecha.

Creo que todos tenemos una memoria tisular, recuerdos que guardan nuestros tejidos, nuestras células y, en última instancia, nuestro ADN. Las personas que han sufrido la amputación de un miembro, saben que su cuerpo conserva la memoria de este miembro fantasma que, incluso, les puede doler, aunque ya no está. El tejido recuerda el pinzamiento causado por una hernia discal, y puedo asegurar que sigue doliendo aunque la hernia ya se ha operado.

Más allá de recuerdos de nuestra vida presente, nuestras células guardan también la memoria de vidas pasadas. Creo que todos somos eternos, almas que volvemos una y otra vez a esta realidad física, para experimentar amor, odio, ambición, traición, desengaño, ira, confusión, violencia, cobardía, valentía, sabiduría, honestidad, armonía, claridad, paz, perdón y un sinnúmero de experiencias. Para mí, el alma es una entidad energética, una proyección de la resonancia original que somos. Cada vida representa un tramo en el viaje que hace nuestra alma, con el propósito de gozar y de sanar traumas, conflictos y débitos para, finalmente, volver a fundirse con la hermosa vibración original que es cada ser.

No hay datos científicos que confirmen la existencia del alma. Todavía no se puede demostrar cómo la conciencia de nuestro ser sobrevive a la muerte física. Sin embargo, hay datos empíricos como los relatos de experiencias extracorporales cercanos a la muerte. Yo también he tenido experiencias personales que me demuestran la continuidad de

la conciencia. Hace unos años, decidí investigar de dónde procedía mi intenso sentimiento de culpa. Un sentimiento que me había acompañado durante toda mi vida, me hacía despertar durante la noche y me obligaba a examinar en lo que podía haber fallado para sentirme tan culpable. Como no encontraba explicación ni alivio al revisar mi vida actual, decidí someterme a una sesión de terapia regresiva. En el transcurso de la sesión, reviví una vida en Inglaterra, en la que no sólo había sobrevivido a un gran incendio en el puerto de Londres, en el que mi padre de aquel entonces se sacrificó para salvar a su familia, sino que también había abandonado a mi madre y a mi hermano pequeño. Cuando volví al presente, recordaba mi nombre, Mary, y el año, 1666. Me quedé impactada.

Poco después, mi mente racional y escéptica empezó a poner en entredicho todo lo vivido. Dudaba y pensaba que, a lo mejor, me lo había inventado todo, hasta que me metí en Internet y comprobé que, efectivamente, en 1666 hubo un gran incendio en Londres. Desde entonces, he hecho muchas incursiones al pasado, y también me formé en terapia regresiva, para comprender mejor el proceso que me inquietaba. He reconocido a muchas personas con las que me he reencontrado en numerosas vidas. Mi madre fue en otra vida, hija mía, mi hijo fue pareja, una pareja mi padre. Amigas y amigos vuelven a aparecer. Conocí, hace miles de años, a uno de los médicos que me operaron la columna, cuando ambos compartimos una vida en Egipto en la que, debido a múltiples fracturas en mi espina dorsal, yo morí joven. Nada es casual. Somos como hilos en el tapiz del tiempo. Nos cruzamos, nos perdemos y nos volvemos a encontrar. En la última vida que recuerda mi memoria tisular, pertenecí a la realeza austríaca, y morí triste y resignada, sin haber sido capaz de romper moldes y ser yo misma.

Quizás, por esto, me atreva ahora a hablar tan abiertamente de temas que, habitualmente, son tabúes: la reencarnación, la inmortalidad, el alma, la muerte. No soy la única que ha tenido estas experiencias. Hay miles de sesiones grabadas sobre vidas pasadas. No sólo el budismo y el hinduismo creen en la reencarnación, sino que es un elemento también del judaísmo, al igual que lo fue del cristianismo, hasta que el Concilio de Nicea, en el año 325 d. C., lo censuró. Pero es bien conocida la pregunta que hizo Jesús a los apóstoles por que quería saber si reconocían en san Juan el Bautista al profeta Elías, quien había vivido casi mil años antes.

Creo que la experiencia de la regresión puede ayudarnos a conocernos mejor, sobre todo si tenemos fobias o pautas de comportamiento para las que no encontramos explicación en nuestra vida presente. Pero no considero aconsejable volver al pasado sólo por curiosidad. La mayoría de nuestros conflictos interiores tienen su origen en nuestra vida presente, sobre todo en la infancia. Muchas veces también nos ayudan las comprensiones puntuales y regresiones espontáneas que vivimos en nuestros sueños o momentos de conciencia expandida.

Creo que hay que tener muy claro que lo importante nunca es la vida pasada sino el presente. De hecho, un buen terapeuta regresivo nunca dejará salir a una persona de la regresión sin aliviar el trauma o conflicto vividos, ni sin que tome conciencia de lo constructivo y positivo que repercutirá en la experiencia de su vida actual. Está bien conocer, aceptar y honrar el pasado, pero la vida en la que podemos influir, la que creamos y disfrutamos es la presente. Creo que es importante no evadirse, a través de las drogas, el alcohol, el trabajo, la televisión, el chocolate, ... ni tampoco mediante una excesiva práctica de meditación,

visualización y viajes astrales. No quiero flotar ahí en el ciberespacio: quiero estar, con todo lo que soy, en mi cuerpo físico, en el aquí y en el ahora.

Es importante que intentemos estar presentes y no dejarnos confundir por el miedo. Miedo como el que despierta la película *2012*, al anunciar una catástrofe planetaria y sacar a la luz una muy antigua profecía maya. No es un fenómeno singular. En los últimos años, también numerosas novelas como *La Profecía Maya*, *El Testamento Maya*, *La Resurrección Maya*, *Tras el último Códice Maya* se han hecho eco de dicha predicción. Llevo muchos años manejando y estudiando el calendario maya y, ciertamente, anuncia el fin de nuestro mundo pero no predice ninguna catástrofe planetaria. De todas formas, la mera idea del fin de nuestro mundo, es lo suficientemente inquietante como para querer saber en qué se basa esta predicción.

La cultura de los mayas, un pueblo asentado en la península del Yucatán, tuvo una época de esplendor entre los siglos III y X d. C., más adelante entraría en un paulatino declive hasta que, en el siglo XVII, los últimos mayas desaparecieron de la faz de la Tierra. Han perdurado, sin embargo, sus extraordinarios calendarios, que reflejan unos asombrosos conocimientos astronómicos y una comprensión muy profunda del tiempo. Y estos calendarios terminan el 21 de Diciembre del 2012.

Creo que sería importante que reflexionáramos un poco sobre el tema de los calendarios. Obviamente, sirven para medir y estructurar el tiempo. A lo largo de nuestra historia, los humanos hemos medido el tiempo fijándonos en fenómenos de la naturaleza, como el sol, la luna, las estaciones, etc. Quiere decir, que observar, conocer y predecir el movimiento de los astros es esencial para elaborar un calendario fiable. Yo crecí con nuestro calendario gregoriano.

Nunca me ha gustado . Siempre he echado en falta que se reflejasen los 28 días del ciclo lunar y del ciclo femenino. Me preguntaba por qué septiembre era el noveno mes del año y no el séptimo, como indicaba su nombre. Lo mismo para octubre, noviembre y diciembre. No me gusta que los meses tengan un número de días irregular. ¿Y por qué dos meses seguidos, julio y agosto, tienen 31 días?

Antiguamente, el año romano empezaba en el mes de marzo (*martius*), bautizado así en honor del dios Marte, y terminaba en febrero, mes de las purificaciones (*februa*). En aquella época, septiembre verdaderamente era el séptimo mes del año, seguido por octubre, noviembre y diciembre. En el siglo I a.C., sin embargo, se había introducido tal desfase entre el tiempo calendario y el tiempo astronómico que el invierno calendario cayó en el otoño astronómico, y el verano en la primavera astronómica. Fue la razón por la que Julio César promovió una reforma, fechando las estaciones para que concordaran con el momento astronómico en el que sucedían. En el año 46 a.C., cuando se implantó, se contaron 445 días, por lo que aquel año pasó a llamarse el año de la confusión.

En el nuevo calendario juliano, se fue implantando para el séptimo mes del año, cuyo comienzo se fechó en enero, el nombre de julio, en honor a César, que había nacido en aquel mes. Como su sucesor Octavio Augusto no pudo ser menos, nació el mes de agosto, ambos con 31 días, para que uno no fuese menos que el otro.

Sin embargo, a medida que transcurrió el tiempo, se fue introduciendo de nuevo un error entre el tiempo que se medía y el movimiento real de los astros. Por eso, en el siglo XVI y bajo el mandato del papa Gregorio VIII, se volvió a reformar, y pasó a llamarse, hasta hoy en día, calendario gregoriano. Se adelantó la fecha entonces actual del 5 al

15 de octubre de 1582, saltándose 10 días para ajustar el tiempo calendario al tiempo astronómico, y se introdujo el 29 de febrero como día extra en los años bisiestos. Un dato curioso es que la Iglesia ortodoxa nunca aceptó esta reforma llevada a cabo por iniciativa de la Iglesia románica. Por este motivo, la Revolución de Octubre, en Rusia, para los que contamos el tiempo según el calendario gregoriano, tuvo lugar en noviembre.

Cuando me encontré, por primera vez, con el calendario maya, me quedé fascinada. Los días, con nombres inspiradores como tierra magnética o mago planetario, eran reflejados en pictogramas. Los símbolos parecían hablarme. Hablaban del tiempo como de un caleidoscopio de luz y sonido, y reflejaban esta comprensión en 13 distintos tonos de sonido y 20 matices diferentes de luz. La cultura maya supo lo que, hoy en día, nos está enseñando la física cuántica: que todo es vibración, ondas de luz y sonido. Para el calendario maya, la frecuencia es importante. Vibra en la frecuencia 13:20, no en el 12:60 como el calendario gregoriano,¹ y adopta el sistema vigesimal, en vez del decimal. Jeroglíficos y un sistema de puntos y barras reflejan los números. Un punto vale uno, una barra cinco, y el cero es representado por media flor. La utilización del número cero es sorprendente, ya que supone un profundo conocimiento de las matemáticas. Fue manejado por la cultura maya 900 años antes de que los árabes lo introdujesen en Europa.

El año maya no empieza el día 1 de enero, sino el 26 de julio, al igual que el antiguo año egipcio, coincidiendo con el orto helíaco de Sirio, o sea, día en el que Sirio aparece en

1. El calendario gregoriano cuenta con 12 meses, y se basa en 12 horas, 60 minutos y 60 segundos, mientras que el calendario maya trabaja con el sistema vigesimal y 20 matices de luz, contabilizando 13 meses y 13 tonos de sonido.

el horizonte en el punto exacto donde, poco después, amanece el Sol. Consta de 13 meses de 28 días cada uno, más *un día fuera del tiempo*. Este día se celebra el 25 de julio, y se festeja la ascensión en la espiral del tiempo, de un año a otro. Esta comprensión no lineal, sino en espiral del tiempo, me llamó mucho la atención. Nuestra Galaxia es una galaxia en espiral. También el celebre zodíaco de Dendera, un basorrelieve del Templo de Hathor, en Egipto, hoy en día expuesto en el museo del Louvre, muestra los signos del zodíaco colocados en espiral. Creo que una sabiduría muy ancestral influyó en el calendario maya, una sabiduría que inspiró también al antiguo Egipto.

La cultura de los mayas manejó conocimientos tan asombrosos como la traslación de Sirio B, una pequeña estrella descubierta por la civilización moderna en 1844, alrededor de Sirio A.² Y en la matriz central de uno de sus calendarios, el *tzolkien*, destacan 64 unidades, un número de las matemáticas cosmológicas,³ que también se refleja en los 64 codones de nuestro ADN, en los 64 bits del código de nuestros ordenadores y en los 64 hexagramas del *I Ching*.

Los calendarios que nos ha dejado la cultura maya, son asombrosos y sorprendentemente exactos. En la actualidad, con todos nuestros instrumentos y conocimientos avanzados, sabemos que la duración exacta del año solar es de 365,2422 días. En la época de la reforma gregoriana

2. Los mayas sabían, además, que la duración de su traslación era de 52 años terrestres. El mismo conocimiento lo manejaba una tribu africana cerca de Timbuktu, los dogón, donde se descubrió una cueva con un fresco que reflejaba a Sirio B orbitando alrededor de Sirio A.

3. Existen grandes números que tienen una implicación cosmológica transcendental, con propiedades importantes, como la sucesión de los números de Fibonacci, o el número Pi, la proporción áurica.

partieron de 365,2425 días, o sea, hubo un margen de error de sólo 0,0003 días. Sin embargo, trece siglos antes de la reforma gregoriana, el calendario maya ya calculaba el año solar en 365,2420 días, con un margen de error inferior de solamente 0,0002 días.

Unos conocimientos extraordinarios de los astr os y del tiempo. Tiene peso, por lo tanto, lo que reflejan sus calendarios. Y éstos manejan una cuenta larga que se inicia en 0.0.0.0.0 (correspondiente al 13 de agosto del 3113 a.C.) y termina en 13.0.0.0.0 (el señalado día del 21 de diciembre del 2012). Desde que conozco el calendario maya, conozco esta cuenta larga, pero realmente no comprendí su significado hasta que, hace unos meses, empecé a soñar con una gran serpiente blanca que, para mi desesperación, me perseguía por toda mi casa para posar , finalmente, su cabeza en mi corazón. A la vez, me llegaban insistentemente los números 5.125 y 25.625. Los apunté, pero no sabía qué hacer con ellos, al igual que con el sueño de la serpiente hasta que, poco tiempo después, me llegaron dos libros y una página web. La página web, enviada por una amiga, mostraba el zodíaco de Déndera. Un libro se titulaba *La serpiente de la luz* y el otro *Fractal Time*. Nada más abrirlo, me encontré los mismos números que había apuntado. Empecé a leer, a atar cabos y, finalmente, comprendí.

Aprecio las sincronicidades en mi vida. Cuánta más conciencia tomo de que existen, tantas más se dan. Aparece un libro que me da una pista, veo una imagen que me inspira, o me encuentro con una persona que me abre la mente. Soy consciente de que nuestra sociedad valora más el hemisferio izquierdo de la razón, del intelecto y de la lógica, que el derecho, de la intuición, de las emociones y del darse cuenta de las sincronicidades. Creo que es una lástima. No porque desprecie el hemisferio izquierdo. Al contrario, una

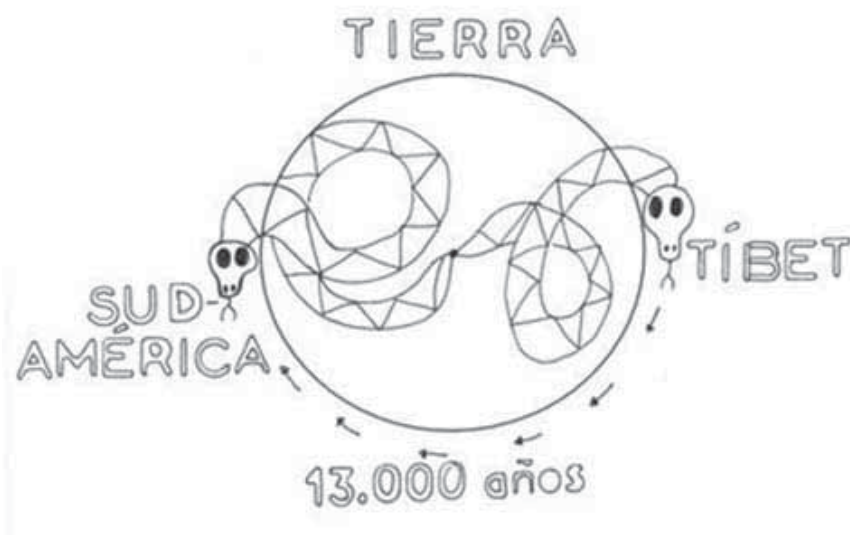
mente crítica, con capacidad de discernimiento, es importante, sobre todo en estos tiempos tan confusos y de tanta información. Pero el cerebro derecho es esencial para nuestra creatividad. Fue Einstein quien dijo que, en realidad, había descubierto la teoría de la relatividad dejándose llevar por ideas fantásticas. Realmente, creo que es así. Cuando los dos hemisferios son activos, y prestamos atención a lo que nos transmiten nuestras emociones, nuestra intuición, nuestra voz interior y las sincronicidades, a la vez que lo examinamos con nuestro intelecto, es cuando utilizamos más adecuadamente nuestro potencial.

Las cinco unidades del tiempo que los mayas utilizaban para las cuentas largas (como 0.0.0.0.0.) se llamaban, de izquierda a derecha, *Baktun*, cada uno de 144.000 días de duración, *Katun*, de 7.200 días de duración, *Tun*, de 360 días de duración, *Uinal*, de 20 días de duración, y *Kin*, que equivale a 1 día. Es decir, 13.0.0.0.0. (el final de la cuenta larga) significa 13 multiplicado por 144.000 días, cuyo resultado corresponde a 5.125 años. ¡Ahí estaba uno de mis números! La cuenta larga mide lo que dura un mundo o una era. Efectivamente, en el IV milenio a. C., cuando se inicia dicha cuenta (0.0.0.0.0. corresponde a la fecha gregoriana del 13 de agosto del 3113 a. C.) emergen las primeras civilizaciones de nuestra era, la nilótica en Egipto, y la babilónica en Sumeria, ubicada en el valle entre los ríos Éufrates y Tigris, en Mesopotamia, hoy en día Irak.

El actual mundo es, según la concepción de los mayas, el quinto de cinco mundos en total (cada mundo tiene una duración de 13.0.0.0.0. días, o sea, 5.125 años). Es decir, que ya hubo cuatro mundos anteriores, de igual duración cada uno, que aparecieron y desaparecieron con anterioridad al nuestro. Esta visión de una sucesión de mundos, con el actual como último, se encuentra también en otras

tradiciones antiguas, como la mitología de la India o la tradición hopi. Cinco mundos de 5.125 años de duración cada uno, forman un gran ciclo de 25.625 años en total. ¡Ahí estaba el otro número!

Fui comprendiendo la transcendencia del ciclo de los casi 26.000 años, cuando leí *La Serpiente de la Luz*, libro que explica cómo la energía o *kundalini* de la Tierra, simbolizada por la serpiente, está cambiando ahora la ubicación de su cabeza, del Tíbet a Sudamérica. Ahí se anclará el nuevo epicentro energético del planeta, con una energía más femenina. En mi percepción, la energía del planeta finalmente se vuelve más femenina para que podamos alcanzar, después de tantos años de predominio de energía masculina, un equilibrio entre ambas. La cabeza de la serpiente en mi corazón me recordó un linaje y una promesa. Somos muchas las personas que, en existencias anteriores, hemos pertenecido a hermandades de lo divino femenino, y nos hemos iniciado en el templo de Isis, comprometidas con servir a la Luz.



La *kundalini* de la Tierra